

Escribir, beber, gozar y morir

Hernán Lara Zavala

*A Sealtiel Alatríste, Gonzalo Celorio, Ignacio Solares
y a la memoria de Rafael Ramírez Heredia.*

Todo parecería indicar que los escritores sufren una propensión natural a ingerir alcohol que, vista de lejos por abstemios, conversos, puritanos, redimidos, moralistas, represores, espíritus amargados, vegetarianos del alma, amantes del agua y enemigos del etil, se considera síntoma innegable de alguna disfunción natural. En su ensayo “Confesiones de un borracho” Charles Lamb afirma que, para él, beber constituye una propensión temperamental a la cual él cedió conscientemente y así lo admitía sin mayor reparo: “solamente mi naturaleza es responsable de la afición que yo mismo me he forjado”. Surge entonces la siguiente pregunta: ¿se trata efectivamente de una compulsión, de una herencia, de una enfermedad, de una forma de ser, de una evasión, de una justificación para el exceso o de algo irremediable intrínseco al oficio de escribir? ¿Existe una correlación directa entre escribir y beber? ¿Hay algo neuronal, somático, fisiológico o psicológico en la inclinación de los escritores hacia la bebida? O, más fuerte aún, una dependencia e incluso una franca adicción? Porque la frase contraria sería, obviamente, un galimatías ya que no todo el que bebe necesariamente escribe. Intentaré desentrañar la incógnita remitiéndome a algunos casos específicos de escritores famosos que han mostrado una fuerte tendencia en favor del alcohol.

El célebre Charles Bukowski, a quien se le identifica invariablemente con una botella de cerveza o de vino en la mano, tanto en sus libros como en los documentales en que aparece y uno de los máximos representantes de la contracultura norteamericana, le comentaba en una conversación a su mujer que a una de sus antiguas amantes le gustaba estar siempre “en acción” o “pasándola bien” pues de otro modo le parecía que no estaba sucediendo nada y se aburría

pues... ella necesitaba ¡retos!, para vivir.

A lo cual Bukowski respondió:

“Sólo la gente aburrida se aburre... los aburridos tienen que buscar estímulos externos para sentir que están vivos...”.

Su mujer le reviró:

“¿Como tú con la bebida?”.

Y, contrario a lo que uno hubiera imaginado, la respuesta de Bukowski fue la siguiente:

“Sí, efectivamente, como yo cuando bebo: tampoco puedo enfrentar la vida sin atenuantes...”.

Esta contestación nos brinda una primera pista. Bukowski, en inglés, utiliza la palabra *straight on*, es decir, “enfrentar la vida *directamente*”, “*de frente*” que yo traduje como “sin atenuantes” ya que todo escritor se sirve de ciertos paliativos, estímulos, recursos externos para enfrentar debidamente su oficio. Quien escribe asume, consciente o inconscientemente, una serie de angustias previas al acto de la escritura y tal vez por ello, una vez que intenta plasmar lo que siente, lo que piensa, lo que imagina y lo que cree se refugia, antes, en el momento, o después de escribir, en alguna vía de escape que puede ser el alcohol o bien el enamoramiento. (Cuántas veces no he oído decir “yo para escribir bien necesito estar enamorado”), el sexo (los alumnos de los talleres de narrativa siempre se imaginan que no hay mejor tema literario que narrar sus proezas eróticas) o la droga (tan recurrente en los años sesenta, aunque más enfocada a la composición musical que a la literaria, sin dejar de lado a los *beats* que marcaron la pauta en esa dirección). Pero mayoritariamente los escritores se sirven del licor como medio de inspiración, como estímulo creativo y como recurso desinhibitorio. Por eso le agradezco tanto a mi maestro Juan José Arreola la claridad con

que nos advirtió muy a tiempo, en su taller de creación literaria, que no cayéramos en la fácil tentación de beber para escribir porque lo que parece bueno en el momento eufórico de la escritura resulta ilegible al día siguiente cuando, ya sobrios, leemos lo que pergeñamos bajo la locuacidad de los humores etílicos.

Lamb logró definir en unas cuantas palabras al tipo de persona común (no escritor) más proclive al alcoholismo: “Es al débil, al nervioso, a aquéllos que sienten la necesidad de una ayuda artificial para levantar su ánimo al nivel ordinario de la sociedad. Ése es el secreto de nuestra afición por la bebida”. Pero un escritor no necesita ayuda artificial para quedar bien con la mayoría de la gente ni mucho menos frente a una sociedad sino precisamente lo contrario: si acaso necesita apoyo es para manifestar su inconformidad con y frente al mundo. Y es que el oficio de escritor, como el de policía, juez, confesor, psicoanalista o árbitro de fútbol nunca será totalmente gozoso salvo cuando siente que está cumpliendo con su deber, sin tener que quedar bien con nadie más que consigo mismo y con la responsabilidad que ha asumido frente a la sociedad.

Los escritores beben por diferentes motivos y también con diferentes resultados dependiendo de su resistencia al alcohol: William Faulkner decía que para escribir él sólo necesitaba papel, tabaco, comida y un poco de whisky. Cuando le preguntaron que si tenía que ser bourbon (que por supuesto era la bebida que más le gustaba) respondió: “No soy tan melindroso;

entre el escocés y nada me quedo con el escocés”. No obstante, en el discurso que pronunciara Faulkner cuando le otorgaron el Premio Nobel de Literatura afirmaba lo siguiente: “los problemas del corazón humano en conflicto consigo mismo son los que constituyen la buena escritura porque es lo único que vale la pena, lo único que justifica la agonía y el sudor”. Lo cual implica que los escritores que se toman el oficio en serio escriben porque, de alguna manera, se sienten depositarios de la angustia del mundo, porque están descontentos con el estado de las cosas, porque sienten una desolación interna que deben expresar a toda costa, a veces en contra de sí mismos y por ello, a veces recurren a estímulos *exte r i o r e s*. Un escritor es, por consiguiente, alguien que tiene que debatirse cotidianamente consigo mismo, con lo más íntimo de su ser. No puede ser una persona que se conforme con el estado del mundo, sea éste cual sea, ni que se rija por las modas vigentes, no puede ser alguien que busque solamente maquillar o edulcorar la realidad. Tiene que mostrarse inconforme, enfrentarse a los aspectos oscuros de la vida, a los males de la humanidad si no para remediarlos al menos para plantearlos, alguien cuya mente e imaginación trabaje en otra frecuencia, más rápida, más sensible, más acuciosa que la del resto de los mortales. Y a veces, para justificarse ante esa terrible carga, el escritor se refugia en un paliativo, en el valor medicinal del alcohol como protección contra su propia soledad que no sólo estimula las posibilidades espirituales sino las multiplica y



Cervantes 1, Barcelona



Bretón de los Herreros 5, Barcelona

también, por qué no decirlo, combate su propia depresión.

Pero insisto: no todos los escritores beben igual ni por las mismas causas ni en las mismas condiciones o en las mismas cantidades. Faulkner y Fitzgerald, por ejemplo, eran grandes bebedores y bebían mientras trabajaban. Vivieron durante una época —después de la Primera Guerra Mundial— en la que la máquina de escribir, el cigarrillo, la noche y el alcohol se veían como elementos inseparables para quien aspirara a convertirse en novelista, lo cual podía resultar sumamente riesgoso o como lo mostró la vida de Scott Fitzgerald que acabó en la bancarrota moral (*crack-up*) consumido por la depresión, la angustia y la esterilidad a causa de su dipsomanía. *Tierna es la noche* es una de las novelas más tristes y trágicas porque aborda el tema de la degradación y desintegración física y moral de una persona bien aspectada a causa del alcohol: es como una radiografía y un minucioso estudio del proceso de autoaniquilación que sufrió Fitzgerald en carne propia y en donde se preludia, como en una profecía bíblica, su propia caída. En Fitzgerald el alcohol sirvió como inspiración y perdición pues al tiempo que le daba alas a su talento también lo de rumbó en el proceso. Lamb podría estar hablando de Fitzgerald cuando en sus confesiones afirma sobre su propio alcoholismo: “Hace doce años era dueño de una mente y un cuerpo saludables. Nunca fui fuerte pero creo que mi constitución (para ser débil) se hallaba, hasta donde es posible, felizmente exenta de predisposición a cualquier enfermedad. Ahora, salvo cuando me encuen-

tro perdido en el mar de la bebida, nunca me siento libre de todas esas incómodas sensaciones en la cabeza y el estómago que son mucho peores y más difíciles de soportar que cualquier otro dolor o malestar definido. En aquella época raramente me quedaba en cama después de las seis de la mañana, invierno o verano. Me levantaba renovado y rara vez sin pensamientos felices en la mente o con un trozo de canción para darle la bienvenida al día naciente. Ahora, el primer sentimiento que me acosa, luego de prolongar las horas de reposo hasta el último extremo posible, es el pronóstico del fatigoso día que me aguarda, junto con el secreto deseo de poder seguir acostado o de no haber despertado jamás”. Comparemos esta frase con la que escribió Fitzgerald en su ensayo *The Crack Up*: “Existe otro tipo de golpes que viene de adentro: los que no sientes hasta que es demasiado tarde para remediarlo... La vida, hace diez años, para mí, era algo meramente individual. Tenía que poner un equilibrio entre lo fútil y lo necesario, entre la convicción de lo inevitable del fracaso y el anhelo de ‘triunfar’ —más aún, la balanza entre las contradicciones del pasado y las esperanzas en el futuro... Durante diecisiete años las cosas transcurrieron así... hasta los cuarenta y nueve todo iba a estar bien, me dije, confío en eso porque para un hombre que ha vivido lo que yo es más que suficiente. Y entonces, diez años después de los cuarenta y nueve, me di cuenta de que había fracasado sin advertirlo”.

Faulkner también bebía cuando trabajaba. Pero a él la bebida no logró vencerlo. Era lo que se llama un *heavy drinker* como lo describe su amigo y editor

Robert N. Linscott que refiere la rutina ética de Faulkner durante los años cincuenta: “Su afición a la bebida era antes que nada un asunto químico. Durante semanas o meses podía seguir su ritmo normal: dos vasos de bourbon con el almuerzo, dos más después del té, un martini antes de la cena y media botella de vino durante ella y tal vez otro bourbon para pasar la velada... Sólo cuando enfrentaba situaciones difíciles de resolver se dejaba llevar por aquello que llamaba la química del deseo”. Pero el alcohol no logró acabar con la carrera literaria a la manera de Fitzgerald o de Malcolm Lowry que, al igual que Scott, llevaron su dipsomanía al límite del paroxismo y la convirtieron en parte de su temática literaria para finalmente inmolarsse como artistas y seres humanos. John, el hermano de Faulkner opinaba que para su hermano “la bebida era un alivio frente a la realidad”.

Otro caso interesante lo constituyó Edgar Allan Poe que se le acusaba de ser dipsómano, opiómano y jugador y que, sin embargo, en lo más interno de su ser no se contemplaba a sí mismo como alcohólico. Poe solía decir: “mis enemigos atribuyen la locura a la bebida y no la bebida a la locura”. En una carta escrita a uno de sus protectores el escritor le comentaba lo siguiente: “Sufrí una depresión psíquica como nunca. Inútilmente he tratado de luchar contra esta molesta melancolía: créame que me siento completamente desgraciado a pesar de la enorme mejora de mi situación [económica]... Usted podrá comprobar que sufro una depresión psíquica que acabará conmigo si persiste por más tiempo”. Estado ante el cual otro amigo le ofreció el siguiente consejo: “Si confía sólo en sus fuerzas está perdido. Pídale ayuda a su creador... Si se decidiera a alquilar una vivienda en un barrio como el nuestro donde no hay alcohol aún existe alguna esperanza para usted”. Sea como fuere a Edgar Allan Poe lo encontraron tirado en las afueras de una taberna en Baltimore de donde lo recogieron para que falleciera unos cuantos días después a la edad de cuarenta años. Un amigo lo rememoró, sin embargo, en los siguientes términos: “Yo lo conocí y lo traté durante mucho tiempo y me alegro de poder testimoniar lo respetable que era su persona y el buen corazón que tenía. Con todas sus faltas fue siempre un caballero y un artista que es más de lo que se puede afirmar de aquéllos que hacen suya la horrible tarea de injuriar la figura de Mr. Poe”. Por ello resulta paradójico que, visto a la distancia y conociendo los alcances de la obra de Poe que perdura hasta nuestros días, el escritor tuviera que justificar su alcoholismo dentro de un país en el que este vicio es ampliamente superado por otros como pueden ser la hipocresía, la deshonestidad, el crimen, la guerra y el latrocinio.

Todavía no soy un santo pero confieso que soy
[alcohólico,
soy adicto a las drogas,
soy homosexual,
soy un genio.

Afirmó Truman Capote en su libro *Música para los camaleones*. Pero luego de haber proferido aquella frase Capote no volvió a escribir algo que valiera la pena.

El alcohol, qué duda cabe, es un arma de dos filos que para un escritor puede resultar a veces estimulante, a veces ambiguo y a veces mortal. La bebida obedece al signo del fuego del “aguardiente” y relaciona la razón con la ensoñación, la experiencia objetiva con la subjetiva, la causa real con el efecto irreal y produce calor, deseo, voluptuosidad, alegría, evasión, delirio y locura. Algunos escritores logran dominarlo otros no, dependiendo de su capacidad física y de su fuerza de voluntad. Según me contaba Juan García Ponce, cuando era joven fue huésped de William Styron y le llamaba la atención ver cómo el autor norteamericano se emborrachaba todas las noches después de cenar hasta altas horas de la madrugada para levantarse al día siguiente, al filo del medio día, a trabajar arduamente y sin interrupción hasta que llegaba otra vez la hora de la cena luego de la cual se volvía a emborrachar hasta la madrugada. Esta rutina le duró cuarenta años hasta que Styron cayó en la crisis depresiva que tan acuciosamente describió en su libro *Esta visible oscuridad*: “La tormenta que me arrastró hasta un hospital en diciembre se inició como una nube no más grande que una copa de vino durante el mes de julio. Y dicha nube involucraba el alcohol, sustancia de la que yo había abusado durante cuarenta años. Como muchos grandes escritores cuya adicción al alcohol a veces letal ha resultado tan legendaria como para suscitar un sinnúmero de estudios y libros, yo me servía del alcohol como el conductor mágico hacia la fantasía y la euforia y para realzar mi imaginación. No hay motivo para lamentarse o avergonzarse por mi uso de este tranquilizante y a veces sublime agente que tanto contribuyó a mi escritura pues, aunque nunca escribí una sola línea bajo su influencia directa, lo usaba mientras oía música para permitir que mi mente se adentrara en ciertas visiones a las cuales una mente sobria no tendría acceso. El alcohol era un invaluable y viejo socio de mi intelecto, a más de ser un amigo a cuya ayuda acudía a diario y al que buscaba además, ahora lo puedo ver, para sofocar la ansiedad y el incipiente desconsuelo que había yo ocultado por tanto tiempo en los oscuros calabozos de mi espíritu”.

Hemingway, aparentemente más disciplinado que sus contemporáneos Fitzgerald y Faulkner, no bebía mientras escribía. Se levantaba todos los días a las seis

de la mañana y no paraba sino hasta pasado el mediodía sólo que al terminar su cuota diaria de escritura se daba el lujo de tomarse sus mojitos en la Bodeguita y sus daiquirís en el Floridita. Su récord era de dieciséis “Papa dobles” preparados con dos onzas y media de Bacardí blanco, dos limones, media toronja, y seis gotas de marasquino batidas en una licuadora. Es decir, bebía como recompensa por haber cumplido con su deber y lo hacía más que generosamente. En principio el alcohol no le impidió seguir escribiendo, como a Fitzgerald. Pero existía una correlación entre su idea de escribir y su razón para beber. Él consideraba a la narrativa como la más difícil de todas las artes pues implicaba la habilidad de capturar lo inaprensible y hacerlo parecer no sólo creíble sino natural... era un artilugio, como el del alquimista, que lograba convertir cualquier metal en oro... aunque el verdadero premio de un autor, pensaba, consistía en la conciencia de haber llevado al máximo sus capacidades e incluso en haber llegado más allá de ellas. En el discurso que escribió cuando recibió el Premio Nobel comentó: “Escribir es, en los mejores momentos, una vida solitaria... porque [el escritor] hace su trabajo solo y si es un escritor suficientemente bueno debe enfrentarse a la eternidad o a la carencia de ella. Su frase más citada es aquella de que ‘un ser humano puede ser destruido pero jamás será vencido’”.

Pese a ello, Hemingway terminó, como Fitzgerald, Styron y Lowry con una depresión crónica (“¿Qué crees que le sucede a un hombre de sesenta y dos años que se da cuenta de que ya nunca escribirá los libros que se había propuesto?... ¿Qué es lo que le importa a ese hombre? Estar sano, trabajar duro, comer y beber con sus amigos, disfrutar de la cama. Ya no tengo nada de eso”). Pero a Hemingway más que el alcohol lo derrotó la fama, la fiesta y el prestigio que se había labrado como “macho” y hombre de acción: soldado, viajero, cazador, pescador, aficionado a los toros y *playboy*. El fin de todo eso lo condujo finalmente al suicidio (¿o fue la herencia de su padre?) precisamente a la edad de sesenta y dos años.

De los tres grandes novelistas norteamericanos de

la primera mitad del siglo XX el gran sobreviviente fue Faulkner que se mantuvo activo, dando conferencias y escribiendo vigorosamente hasta el final de sus días (*The Reivers* se publica póstumamente y obtiene el Pulitzer Prize de 1963). Faulkner murió en 1962, después de caerse de un caballo de un ataque al corazón a la edad de sesenta y cinco años. “Ningún hombre hubiera podido realizar la cantidad de trabajo que hizo Bill y beber como se lo atribuía la gente”, comentó su hermano luego de su muerte.

Una vez le pregunté a Ignacio Solares, autor del reportaje *Delirium Tremens*, cuál era el síntoma inequívoco para identificar a un alcohólico. Su respuesta fue inmediata y contundente: “cuando bota el gorila”. Es decir cuando quien bebe y actúa de una manera —generalmente violenta o denigrante— que no corresponde con su personalidad en estado sobrio, como le ocurría a Fitzgerald, a Lowry y dicen que también a Juan Rulfo, caso por cierto también extraordinario porque cuando dejó de beber, como no lo pudieron hacer tantos, también dejó de escribir. No fue así con José Revueltas cuya dipsomanía, igual que la de su hermano Silvestre, era ampliamente conocida pero no le impidió seguir escribiendo. Al comentario de Solares habría que agregar que otro síntoma es la incapacidad para seguir trabajando, ya sea por depresión o por mera abulia o incapacidad.

La pregunta pertinente en este punto de la discusión sería la que se planteó Lamb en su ensayo citado: “¿Acaso no existe un término medio entre la abstinencia total y el exceso asesino?”. Su respuesta es negativa, como la de Styron, porque, según argumenta el ensayista inglés, al artista “la razón lo visitará solamente mediante la intoxicación, dice, pues el bebedor nunca será menos él mismo que durante sus intervalos de sobriedad. En ese punto el mal es su bien”. Yo, honestamente, dudo que no exista otra salida que la de “la abstinencia total” o “el exceso asesino”. Conozco a muchos escritores que saben medirse con la bebida al grado de que nunca llegan a la “intoxicación” infernal. El caso más cercano a la abstinencia es Carlos Fuentes que bebe muy poco, vino blanco, champña y,

A veces el escritor se refugia en un paliativo, en el valor medicinal del alcohol como protección contra su propia soledad que no sólo estimula las posibilidades espirituales sino las multiplica.



Plaça San Josep Oriol 1, Barcelona

ocasionalmente, un martini antes de la comida y párenle de contar. Otro caso es Arreola, a quien le gustaba beber buen vino francés pero a quien raramente se le veía pasado de copas.

“¡Es tan placentero estar borracho!”, solía afirmar Juan García Ponce quien tomaba tres, cuatro y hasta cinco martinis todas las noches antes de cenar además de una botella de vino en la cena y uno o dos coñacs al cerrar la noche. Sin embargo, cuando era necesario a causa de su terrible enfermedad, a Juan no le costaba ningún trabajo dejar de beber. Él decía que era borracho por gusto y que ningún alcohol lograría enviciarlo ni imponerse sobre su voluntad. Destruído como estaba a causa de su arterioesclerosis su hígado, sin embargo, era uno de los pocos órganos que le funcionaban bien. James Joyce, más humorísticamente, decía que él “nunca bebía entre bebidas” y Alí Chumacero acuñó la famosa frase de que “toda alegría que no proviene del alcohol es ficticia” y a sus noventa años sigue disfrutando de las bebidas alcohólicas aunque también haya dejado de escribir desde hace tiempo. Hay que reconocerlo: el alcohol comunica, desinhibe, relaja, exalta los afectos y estimula la imaginación. A mí parece que es posible beberlo con medida y sobre todo con mucho respeto pues efectivamente puede causar una adicción irreversible y convertir su consumo en un lastre y una enfermedad tan

grave como podría ser el cáncer o la diabetes.

Pero en esta época de puritanismos excesivos en donde todo mundo se rasga las vestiduras a cada momento recomendando cuidados excesivos a la salud, poniendo cotos a todo acto de espontaneidad y pidiendo respeto irrestricto a las actitudes políticamente correctas y represivas en todos los ámbitos, es importante revindicar el goce por la vida. Durante los últimos años, y sobre todo durante la administración de Bush, un fantasma recorre el mundo y no es precisamente el del comunismo sino el del conformismo y la mediocridad. Se trata de la tiranía, de una entelequia absurda, proveniente de quién sabe dónde, pero que rige al mundo entero y lo modela a su arbitrio prohibiendo que fumemos, que bebamos, que comamos, que miremos a las mujeres, que disfrutemos del placer que nos brinda la vida, que nos rebelemos, que caigamos en cualquier exceso, que critiquemos al sistema, que nos salgamos de la norma. Ese fantasma intenta someternos a ser iguales, a destruir nuestra individualidad. Es esa misma entelequia que guió a Platón cuando decidió expulsar a los poetas de la república ideal por considerar que estaban tres grados alejados de la realidad y por contar mentiras. Pero al mismo tiempo esa misma entelequia fomenta otras adicciones aparentemente “sanas” que en realidad son mucho más perniciosas que el alcohol, el tabaco y la